

VI CERTAMEN DE CUENTOS VILLA DE CARCAR

SEGUNDO PREMIO

Agua... no, por favor

Luciano Maldonado Moreno

Cogió con rapidez el botellín de agua mineral, que destacaba como una tentación muy propicia y turbadora entre los demás objetos de la parte superior de la bolsa de compras. Abrió nuevamente la puerta del ascensor, el cual, como era de esperar, en los pocos segundos que transcurrieron nadie había vuelto a llamar. Bajó al primero, a la seguridad de su casa, notando al hacerlo que su ritmo cardíaco, cuando ya se encontraba él a buen recaudo de posibles miradas intrusas, volvía poco a poco a la normalidad.

Posteriormente, mientras se dirigía por el pasillo hasta la cocina, no pudo evitar en sus labios el esbozo de una sonrisa relajante, de plena satisfacción. Nada es gratuito en esta vida. O mejor dicho aún: todo le estaba saliendo bien, porque, la verdad, lo había planeado bien. Si sabía que a esa hora, poco más o menos, le traían desde el supermercado la bolsa de la compra a Hugo Pastur, su vecino y compañero de trabajo, era porque se había fijado que entre semana los encargos los solía hacer por teléfono desde la oficina. Como también sabía –porque para eso él había merodeado por el portal y los buzones dos veces anteriormente- que dichos encargos se los entregaba poco tiempo después un empleado al portero de la casa, y éste, que tenía que irse a comer

media hora antes de que Hugo concluyera su jornada de trabajo, en ambas ocasiones había subido la bolsa y la había depositado allí, en el noveno piso dotado de amplia terraza, junto a la puerta de la vivienda del soltero de oro y próximo hombre fuerte de la empresa. ¿Próximo?... Bien, lo que parecía más que próximo era un drástico cambio de rumbo. Esto sí que estaba en condiciones de poder asegurarlo (mentalmente, sin pregonarlo jamás a voces, por supuesto).

Con la jeringuilla que había escondido encima de uno de los muebles, en un lugar suficientemente alejado del alcance de su mujer y los niños, perforó el tapón del botellín y sacó dos cargas enteras de agua. Vació el instrumento en el fregadero y a continuación manipuló dos pequeños frascos transparentes que llevaban pegadas sendas etiquetas en el exterior. Finalmente, por el mismo minúsculo orificio que segundos antes había abierto, volvió a introducir la aguja, si bien esta vez para inyectar en el interior de la botella una dosis de un compuesto de cianuro de sodio, primero, y otra más, a continuación, de una solución de sales de talio, la misma cantidad en conjunto que hiciese al líquido del recipiente alcanzar idéntico nivel al que tenía en un principio. El caso es que hacía bastante tiempo –pero aún se acordaba bien- había visto una película en que también se disimulaba el pequeñísimo desperfecto, para que no goteara nada en caso de que alguien tumbara la botella: los asesinos -podría quedarse ahora en “los malos”, simplemente- calentaban con una cerilla la punta de un cuchillo, la pasaban con sumo cuidado por la parte afectada del tapón y, entonces, sin dejar apenas huella, el plástico se deshacía lo suficiente como para cicatrizar tal nimiedad de herida.

Una vez concluido el proceso, y con el botellín disimulado bajo la chaqueta, volvió a subir, lo dejó prácticamente en el mismo sitio que había ocupado anteriormente en la bolsa, y regresó de nuevo a su casa para hacer un breve alto y recoger la jeringuilla y los botes antes de retornar a la oficina.

“Por qué haces todo esto” -le importunaba, muy desde el fondo, su lado más positivo-. “¿Qué por qué lo hago?...” –se defendía velozmente su Mr. Hyde-. “Porque todo tiene un límite, una gota que termina invariablemente por hacer rebosar el vaso. Por eso, exactamente. No puede estar uno trabajando en la empresa más de treinta años seguidos, en cuerpo, familia y alma, esperando con paciencia infinita una oportunidad de oro, solamente una en la vida, es decir, formar parte del restringidísimo consejo de dirección (decisiones importantes, sueldo engrosado y paquete adicional de acciones, todo incluido), para que a un jovencito que no llega a la experiencia laboral de dos tristes años, con muchos conocimientos informáticos, eso sí, se le permita abrigar la misma clase de esperanzas”.

Cuando el propio director los convocó a los dos en su despacho para darles personalmente la noticia de que uno de ellos, el que mejor proyecto de evolución futura de la empresa presentara antes de un mes, sería el nuevo y flamante consejero, él no se lo pensó dos veces siquiera. Tenía que hacerse de algún modo con el trabajo de Hugo; sabía que su rival era superior en la redacción de informes, que lo llevaba bastante avanzado y se lo calificarían en el consejo muy por encima del suyo. Lo realmente penoso, desafortunado, sin vuelta atrás, fue que Hugo, su triunfador y odiado vecino –ahora más que nunca- había sido tan precavido que dejó conectada una pequeña cámara al ordenador, perfectamente disimulada entre el sinfín de artilugios de su zona de

despacho, mientras el disco duro parecía bajar información importante de archivos varias noches seguidas. Una de esas noches lo grabó a él mientras trasteaba en los cajones de la mesa, en el propio ordenador –totalmente inútil, sin la contraseña-, cuando andaba a la busca del borrador del proyecto. Si no salía elegido –fue lo primero que le indicó Hugo al día siguiente- lo amenazaba con mostrar las imágenes en dirección. Y si salía... Para qué engañarse: si salía elegido, a él no le aguardaban unos años precisamente tranquilos bajo el peso de un segurísimo y continuo chantaje de alguien que iba a presionarlo, exprimirlo hasta la extenuación, desde las alturas.

Ya en la calle (el agobio, el caluroso mediodía de las postrimerías de junio confabulados para simular una sala de calderas), se quitó la chaqueta, la dobló sobre un brazo, buscó un contenedor en que deshacerse de los utensilios que podrían inculparlo. Mientras caminaba, tan sólo tres calles hasta llegar a la oficina, recordó cómo su mujer, profesora de química en la universidad, le había proporcionado sin querer, de forma totalmente fortuita, la idea clave y dónde encontrar los medios adecuados para ejecutarla. En esos momentos ella estaría ya saliendo de clase, y, algo más tarde, recogería a sus hijos del comedor de la escuela. Aunque con anterioridad, hacía dos semanas, su mujer hubo de quedarse varias tardes enteras en la facultad, trabajando en unas prácticas del laboratorio. Durante algunos días fue él con los niños a esperarla, poder tomar luego unas pizzas en un restaurante de moda y volver enseguida a casa. La primera vez que entró en el laboratorio, mientras sus hijos se entretenían dibujando monigotes en la pizarra de un aula que estaba al lado, su mujer le explicó brevemente para qué servían algunos instrumentos y curiosidades acerca de lo que contenían los numerosos frascos de los estantes.

En el más alto, para que los alumnos no anduviesen tocando –de forma accidental o no- estaban los ácidos y venenos realmente peligrosos. “Con decirte que una vez tuvimos aquí problemas de ratones, y varias gotas bien distribuidas en trocitos de queso fueron la mejor solución, para qué quiero contarte más”.

No, no hizo falta que le añadiera nada. Dos días más tarde, cuando los niños imaginaban esta vez paisajes imposibles en la pizarra, y su mujer se ausentó durante un buen tiempo porque necesitaba ir con apremio al cuarto de baño, él vació un poco de aquellos líquidos prohibidos en frasquitos que llevaba preparados por si surgía una ocasión propicia. En cuanto terminó, se alegró lo que no está escrito en los anales de que las cosas empezasen a salirle con tan buen pie, rodadas, como quien dice.

-Hoy voy a quedarme un par de horas más; algunos expedientes los tengo algo atrasados –anunció a algunos compañeros nada más entrar en la oficina.

-Anda, sí, que últimamente alargas más de la cuenta el tiempo que te gastas en zamparte tapas y degustar, según tú, vinos. Te vas a poner algo cebón –aprovechó para reprender ligeramente y bromear, a un mismo tiempo, el director-. Pero cebón, o no, ya sabes que aunque te quedes solo tienes que terminar hoy mismo esos expedientes.

Al día siguiente, antes de las diez de la mañana, llamaron por teléfono (al parecer, la novia de Hugo Pastur, que él jamás había visto ni cerca ni lejos de casa) para avisar de que el joven había sido ingresado urgentemente en el hospital: una especie de complicación intestinal, o algo parecido, tenía la culpa. El caso es que o no se aclaró la chica, con lo nerviosa que debía de estar, o bien quien no se aclaró o no quiso hacerlo para no alarmar en exceso a los

demás compañeros fue el propio jefe de personal, que era la persona que había atendido a la llamada.

Trató de concentrarse lo mejor que pudo en su trabajo, tanto ése como los dos días siguientes. Era lo que juzgaba más sensato; lo contrario, andar interesándose por la evolución del enfermo continuamente, podría levantar de forma innecesaria en un futuro bastantes sospechas. Sin embargo, al cuarto día, sin haberse propuesto aún indagar nada, la noticia le llegó de sopetón: Hugo ya estaba en casa. Al parecer, ya se encontraba perfectamente. Además, como le tocaba el primer turno para coger vacaciones, y quedaban tan sólo dos días para su inicio, el director había dicho que era mejor que se restableciera del todo y que no se incorporase hasta dentro de un mes. Por qué no iba a visitarlo Juan. “Tú eres vecino suyo. Mira, le das ánimos y, de paso, si se va pronto a la costa, como otros años, te despides de él en nuestro nombre”.

-De acuerdo. Ahora mismo me paso por su casa, En cuanto termine con estos papeles- asintió tratando de mostrar naturalidad, dominio de sí y de todo lo que le rodeaba en esos momentos, si bien lo cierto era que prácticamente se estaba mareando. Todo -los objetos, los muebles, las paredes...- se le antojaba blando e inconsistente... Incluso se le nublaban el recuerdo de lo que él creía haber hecho con la jeringuilla y los venenos cuatro días antes. ¿Había sido real o una extraña alucinación que jugaba caprichosamente en su cerebro? ¿Sería quizás todo ello puro efecto de un deseo que ahora, una vez realizado sólo en su fantasía, comenzaba a intuir como enfermizo? Necesitaba salir. Abandonar rápidamente la oficina y aquel maldito aire acondicionado que le estaba congelando el aliento y torpedeando la mente. ¡A la calle! ¡Pronto! De lo

contrario, ni su propia silla le impediría caer como un pesado fardo sin sentido alguno al suelo.

-El caldeado ambiente del exterior le devolvió, extrañamente, algo de sosiego. "No puede ser verdad" –se repetía en voz baja, después de avanzar lentamente unos pocos pasos. "No entiendo mucho de esto, aunque pienso que ningún ser vivo, con esas dosis tan altas que puse, podría recuperarse tan pronto. ¡Mas qué demonios! ¡Lo más lógico es que estuviese muerto!...

Llamó al timbre y, acto seguido, se vio en la necesidad perentoria de cogerse las manos y entrelazar fuertemente los dedos, que le temblaban como extremidades ajenas, totalmente extrañas a su cuerpo.

-¡Hola! Soy Sara, la novia de Hugo. Perdona, hace tiempo que no vengo por aquí; tú debes de ser...

-Juan, compañero de trabajo de tu novio.

-Sí, claro. Creo que Hugo me ha hablado ya varias veces de ti. Que vives en el primero, que tu mujer es profesora, ah, y que tienes unos hijos preciosos. Pero... pasa, pasa. Está en el salón, echado en el sofá; todavía no puede moverse todo lo rápido que él quisiera.

-Hombre, Juan, bienvenido a mi humilde chabola. Fíjate lo que son las cosas: el otro día, trabajando de prisa para dejar en orden las cosas antes de las vacaciones; y, nada más llegar a casa, después de colocar las cosas de la compra en su sitio, unos dolores impresionantes, llegar corriendo a urgencias, el médico que te explora y que te dice que hay que intervenir con rapidez, que es una apendicitis de órdago y que podría derivar, si no se interviene con prontitud, en una peritonitis peligrosa... Y hoy, en cambio, aquí me tienes, con el trabajo bien lejos, que tendrá que esperar hasta principios de agosto, con

unos puntos casi en la ingle que me tiran de la cicatriz como si fueran un atajo de demonios, y con todo el calor del mundo, postrado prácticamente como un inválido. De todos modos... no me puedo quejar. Bueno, Juan, tómate algo. Que intentes expiarme los informes no quiere decir que no pueda tener detalles contigo de buen vecino. ¿Quieres agua, cerveza, coca-cola...?

-No, agua no –soltó con contundencia y vertiginosamente, como si sus palabras hubiesen sido golpeadas por el furioso chasquido de un látigo-. El agua, para las ranas –trató de distender, de compensar en cierto modo la brusquedad en el tono que había empleado antes-. En todo caso, una coca-cola.

-Está bien. Sara, cariño, tráele una coca-cola del frigorífico. Ah, y apágalo; no quiero que esté funcionando inútilmente todo el mes de vacaciones. Mira, Juan, esta misma tarde cogeremos un taxi y nos iremos al aeropuerto. Aquí hace demasiado calor; prefiero reposar en el hotel, cerca de la brisa de la playa. Si llegas a venir mañana, por ejemplo, no me hubieses encontrado.

Sara se dio la vuelta y los dejó charlando de cosas banales: que si mejor playa que montaña, que si la pesca, que el mejor ambiente... Fue al frigorífico, sacó del congelador la cubitera, repleta de hielo, sin ningún compartimiento vacío, y echó tres cubitos en el vaso, para enfriar aún más el refresco que serviría al invitado. El resto de los cubitos fue a parar al fregadero, y, mientras colocaba boca abajo la bandeja sobre una bayeta de cocina, no pudo evitar un pensamiento pasajero, y por añadidura muy crítico, sobre las manías y escrúpulos de su novio. Sabía que Hugo era realmente exagerado con las comidas, con sus dietas sanas, en las antípodas de los desajustes del colesterol, incluso especialmente riguroso con el agua que habría de beber,

siempre mineral, por supuesto (pero es que para los cubitos de hielo –ella lo había visto algunas veces- también destinaba un botellín en exclusividad). Según él, la gente es precavida en unas cosas, si bien en otras no se enteran de qué va la película. “Es decir, compran agua mineral; aunque en los cubitos, del agua del grifo, están ingiriendo sin darse cuenta pequeñas proporciones de cal, cloro o elementos nocivos derivados del plomo, por ejemplo, que les viene gratis en la red pública”. Bien, la verdad es que un botellín de agua mineral, para tres cubitos que se iban a utilizar tan sólo en esta ocasión... En fin... también era un pequeño desperdicio, por poco que costara el dichoso botellín.

Antes de regresar con el vaso de coca-cola al salón, no se olvidó de desenchufar muy obedientemente el frigorífico ni de dejar su puerta completamente abierta (ya cogería más tarde los alimentos que podrían llegar a estropearse).

Agotada casi por completo la abundante charla, aproximadamente un cuarto de hora más tarde, cuando los cubitos ya se habían deshecho y Juan daba por finalizado el refresco con un último trago, le llegó el turno a una respiración rápida, a la agitación nerviosa e incomprensible de las manos y músculos del rostro, los primeros síntomas de mareo, las convulsiones, cada vez más violentas, ya imparables.